



JULIÁN HUANAY

Maruja

## Maruja

Algunos dirigentes sindicales, que con frecuencia sufrían detenciones por sus actividades, le pusieron el nombre de *San Quintín* a una pequeña prisión que solamente tenía seis celdas. La razón del apelativo radicaba en que, según ellos, era la más segura de todas las que conocían.

En la puerta principal, de planchas de hierro, había una pequeña mirilla para que el centinela, desde el interior, pudiera observar a quienes llamaban. Dos metros después, una hilera de gruesos barrotes se elevaba hasta el techo. Además de la puerta metálica y la gran reja, las seis celdas anteriores tenían sus respectivas puertas también enrejadas. El pasadizo, de un metro de ancho por unos catorce de largo, servía para que los veintiocho detenidos se pasearan con «plena libertad» durante las doce horas de día, pues exactamente a las seis de la tarde todos eran encerrados. A manera de techo tenía sesenta y cuatro varillas de hierro de las que pendían bicicletas enmohecidas, cocinas, un viejo radiador de automóvil, una antiquísima vitrola con su gran bocina y muchos otros objetos recuperados por la Policía, que esperaban el reclamo de sus propietarios desde tiempos ya lejanos.

En el espacio existente entre las dos primeras puertas, el centinela se paseaba con el fusil al hombro, las cartucheras y el espadín al cinto.

Hasta aquella prisión condujeron a Pedro Rojas, una mañana de enero. En cuanto transpuso las rejas, los dirigentes sindicales y estudiantes universitarios detenidos, lo rodearon preguntándole por las novedades que había en las calles y por la causa de su prisión, pero no pudo responder a todas las interrogaciones, limitándose a narrar las incidencias de la asamblea y el acuerdo de huelga aprobado.

Todos ellos estaban sometidos a una rigurosa comunicación. Por eso, el centinela, después de observar al visitante a través de una mirilla y preguntar por el objeto de su presencia, abría la puerta lo estrictamente necesario para recibir los alimentos previamente registrados, pero que, a pesar de ello, volvía a examinar minuciosamente, eliminando cuanto papel encontraba.

Siempre que se abría la puerta principal, los presos se agolpaban a la reja tratando de ver a los visitantes, pero todos sus esfuerzos resultaban inútiles. Algunas veces podían observar que manos femeninas, con los dedos crispados, se aferraban a las puertas en desesperado afán de mirar hacia el interior. Pero la cadena sujeta a un garfio impedía aquellos intentos.

En una de esas oportunidades lograron ver, por entre las piernas de un custodio, la carita de una niña que miraba hacia el interior con los ojos desmesuradamente abiertos. El guardia, al darse cuenta de que aquella niña de grandes ojos negros, naricilla respingada y cabellos oscuros, había introducido la cabecita por la

pequeña abertura, trató de retirarla colocando una de las rodillas, pero los presos que observan la escena iniciaron una gritería infernal, hasta que lograron que la dejaran mirar libremente. La niña se quedó absorta ante el bullicio y los rostros sonrientes que detrás de la reja se contemplaban, hasta que el grito de: «Maruja» hizo olvidar a la criatura la presencia del guardia y escurriéndose entre las piernas de aquel, corrió gritando entre sollozos: «Papá, papacito». Se aferró desesperadamente a la reja mientras los presos, al darse cuenta de que el padre estaba en las filas de atrás, dejaron libre un lugar para que este pudiera abrazarla.

Pedro Rojas estrechó, barrotes de por medio, el delicado cuerpo de su hija, que llorando, balbuceaba frases que no se escuchaban, mientras que su rostro había adquirido una expresión de ternura infinita. Entre tanto, el guardia, después de cerrar la puerta, se dirigió apresuradamente hacía la niña para sacarla. Nuevamente la gritería se hizo atronadora. Unos protestaban y otros trataban de convencer al centinela para que la dejara unos momentos más. La niña, llorando copiosamente, decía: «Papacito, yo quiero quedarme contigo. No te quito tu comidita. Mi mamá me trae lechecita nomás. Yo no quiero irme. Yo quiero quedarme contigo».

El padre, con la faz demudada por la emoción, respondía: «No puedes quedarte, hijita; está prohibido. Vete con tu mamá y tus hermanitos, que yo voy a salir mañana».

El guardia y los presos, estos últimos agolados a la reja, contemplaban en silencio la escena hasta que, por fin, la niña soltó el cuello de su padre y se dejó conducir

de la mano por el centinela. Antes de transponer la puerta, volvió la carita y sonrió, agitando su breve mano en un adiós que, ignorado por todos, duraría dos años.



JORGE ESLAVA ÁLVAREZ PALACIOS

Tiro de gracia

## Tiro de gracia

Yuri tomó la escopeta que estaba reclinada en la pared del dormitorio y disparó apuntando bien. Su padre dio un salto en la cama en la que descansaba y, haciendo una mueca horrorosa, torció el cuello desesperadamente y cayó retorcido, como un ovillo, sobre las sábanas.

La madre dio un grito y retiró la escopeta de las manos de Yuri, quien reía satisfecho de su obra.

—Eso no se hace con su padre, pequeño monstruo —díjole seriamente, aunque un hilillo mordaz se dibujó en sus labios.

—Ahora anda y guarda en el desván la escopeta —agregó, mientras acomodaba torpemente el corchito en la boca del largo cañón.

En tanto la sangre corrió a borbollones sobre las sábanas blancas almidonadas como corren los deshielos sobre las tierras arcillosas y formó a la vera de la cama un charco, que luego se extendió a través de todo el cuarto y llegó a la calle para que la gente conociese la desgracia.

La madre lloró con un ojo y con el otro miró el precioso carmesí de la sangre recién vertida. Un momento después cerró los dos ojos y caviló: «¿Qué haré sola con esta criatura en la casa, en el mundo?».